

Ahora no tengo peces de color. Rafael rima, y otros amigos, en vano intentando en cierto modo imitarlos; como quizá yo mismo. Pero no sabemos.

José Luis, pez acaso más brillante en lo último, como remembranza de aquel resplandor de su bahía, me trajo ayer el primer ejemplar nacido de su libro de Sonetos. Luminoso librito, trémulo de un resplandor intacto, poesía con resonancia de un mar amoroso, de playa buscadora de un pie desnudo, de mitológica arena por donde sólo candorosas diosas desnudas y tempranas o diosecillos niños pueden pasar, deslumbradoramente.

Te destina el poeta, el delicado y apasionado poeta, un ejemplar, que te da con gusto. Ya dirás si vas a recogerlo pronto en Madrid o si habrá que remitírtelo.

Carlos Spiteri tiene el suyo en pruebas y también te enviará un ejemplar.

Sólo nuestro Rafael no tiene editor para esos pobres toros, que mugen en su lejanía, como sombras que piden cuerpo, bulto, que se les niega. Otro amigo mío, Ricardo, director de una revista, *Corcel*<sup>15a</sup>, revista de poesía, de inminente salida, va a enviar tales toros a Valencia (su tierra) a ver si allí encuentra editor.

Rafael ha empezado su curso. Le vi hace cuatro días, un poco más flaco que de costumbre, resto de un agitado verano en La Granja, y dispuesto a sacar su curso más el latín y el griego en que fue en junio suspendido. No me ha traído tu artículo sobre él.

Pepe está en su tierra. Todavía no le he visto y no sé cuando vendrá. De él hablaba yo el otro día con Eduardo Vicente, el pintor, que vino a verme con Pepe la primavera pasada y que ha vuelto ahora. Está Eduardo pintando unos frescos en la Catedral de Orihuela, que serán algo bello, sin duda. Es una labor en que trabaja desde hace meses. Ahora vive bien; tiene además un buen contrato con la galería Biosca y se le ve contento y hasta «elegantizado.» Es simpático, con simpatía de pintor, y somos amigos. En Orihuela se ha hecho amigo del hermano de Ramón Sijé, y vino a traerme unos cuentos de su amigo, que me los enviaban.

Aún te contaré más cosas de otros amigos: Manolita, Landínez, etc. entes desconocidos para ti, que acaso te gustarían. Pero si al fin vienes a vivir a Madrid, los conocerás.

Déjame saber de ti. Recuerda mucho a tu amigo  
Vicente

que en la posdata te abraza

<sup>15a</sup> *Corcel*, revista literaria de Valencia (1942-1949), cuyo director fue Ricardo Juan Blasco. Carlos Spiteri: el poeta Carlos Rodríguez Spiteri.

[Postal]

Madrid, 16.4.45

Querido Emilio: estoy en cama con un enfriamiento, pero no quiero que pases por La Coruña sin saber de mí. Recibí tus cartas y tu postal y ya veo andas de éxito en éxito o poco menos. A Julio Maruri le entregué ayer tu carta. Rafaelote vino hace cuatro o cinco días con Remedios: había recibido tu carta. Supongo lo estás pasando muy bien, *viendo mundo* y dándote buena vida. El ex-agricultor es ahora un experimentado ceramista. A ver si se te estabiliza un poco la cosa y puedes dar por encontrada tu definitiva orientación.

Dentro de unos días operarán a mi hermana<sup>16</sup> de apendicitis. Está bien, pero dicen los médicos es aconsejable.

La nueva edición de *La destrucción o el amor* sale dentro de unos días.

Adiós, adiós, Emilioto, que siga la buena cosecha. Te recuerdo y abrazo fuerte

Vicente

Madrid, 21 de enero 1946

Querido Emilio: he apurado tanto las fechas para felicitarte en las inmediaciones de tu boda, que no sé si llegaré a tiempo de que recibas ésta antes de que emprendas el viaje de novios, feliz ya en la venturosa coyunda que tanto has anhelado.

Rememoro los viejos tiempos, cuando eras el juvenil y travieso autor de tu folletín en *El sol*, o cuando me escribías aquella graciosa y fresca carta en tus «diez y nueve años y un día». Ahora te veo entrar, alegre siempre, en el respetable gremio de los hombres casados, y al tiempo que hago en mi memoria el resumen de gozosos y de azarosos tiempos te mando la felicitación más verdadera y el deseo de que la alegría te acompañe toda la vida, siempre inalterable al paso de las horas y de los años, primero en tu estado de casado nuevo, luego ascendido al de padre de familia y por fin, patriarcal y benévolo, al de sonriente y blanco abuelo que se ve rodeado de los de su sangre y asegurado en cierto modo contra la muerte.

No hay sino decir amén.

Algo quisiera mandarte como recuerdo y aguardaré a algún viaje que haga Rafael a vuestra tierra.

A Purita dile cuánto deseo vuestra dicha segura, y para ti el fuerte abrazo intemporal de

Vicente

<sup>16</sup> Conchita Aleixandre

Miraflores de la Sierra (Madrid 21 julio 1946)

Querido Emilio: mucho me gustó recibir tu carta. Aquí me tienes en Miraflores, como cuando me vine aquel primer año que nos conocimos. ¿Te acordaste que nuestra amistad cumplió esta primavera diez años? ¡Dos lustros, para decirlo de modo más solemne!

Voy a darte las señas de mi sobrino, no se me olvide: D. Fernando Arjola. Trinitarios, 3, Seminario. *Valencia*. Se alegrará mucho de recibir tu carta. Está muy contento y es plenamente feliz.

Lo que me dices de Gaos<sup>17</sup> me ha apenado. No me ha extrañado demasiado, sin que lo esperase. Vino en junio a examinarse a Madrid, y vino bastante por casa. Charlamos mucho de su matrimonio. Me decía que no le era difícil obtener dinero para su boda, pero más bien me hablaba de un préstamo del Monte de Piedad o cosa parecida. Estaba lleno de problemas económicos, debatiéndose, como siempre, entre sus proyectos y sus realidades. En la petición que te ha hecho ha creído, sin duda, que el modo de obligarte no traspasaba determinados límites en tu ánimo. Todo lo ha calculado en frío (es terrible) y ha supuesto que arrancará tu asentimiento, sin producirte esa sensación de repugnancia de que me hablas. Estoy seguro que ha compuesto su petición como una obra de arte; pero se ha equivocado en la mezcla de los ingredientes.

La miseria humana es terrible, querido Emilio, y hay que contar con ella. No esperemos nunca seres puros, desinteresados. El bueno es malo y el malo es bueno. Ahora (o antes) te sorprendes de Rafael y me dices que estás desengañado. Le veías poeta, alegre, apasionado. Ahora lo ves cobarde, calculador, interesado, te pones triste. Llegada determinada hora, ni un solo hombre quizá da el metal puro en el crisol. Todos tienen su debilidad, a cuya hora presentarán una cara que no esperaríamos. Pero no reneguemos por entero, entonces, de ellos. Nos quedaríamos solos. Nadie, nadie está hecho de la materia de los ángeles (nadie es, *en el sentido absoluto*, lo que llamaríamos «el hombre honrado»). Pidamos, todo lo más, no conocer del todo a los que amamos. Sólo su noventa por ciento. Y quédesenos en la sombra (si no somos bastante fuertes para resistirlo, y ay, no solemos serlo) su zona oscura, invisible a diario: su posibilidad de cobardía, o de crueldad, o de engaño... En los mejores, eso suele ir encerrado, hasta sin saberlo sus dueños, en una cápsula que lo aísla del alma que amamos y que vemos (y es) pura, generosa, alegre, contagiosa. Horas hay en que la cápsula o se quiebra o rezuma, y esa

<sup>17</sup> El 24 de junio y el 3 de julio de 1946, Vicente Gaos escribe a Emilio Niveiro sendas cartas en las que, con el pretexto de querer casarse a primeros de agosto, le pide que le avale ante El Monte de Piedad, o bien que le de él directamente el préstamo, en dos veces, prometiéndole devolvérselo antes de octubre, fecha en la que tenía previsto irse a París.

alma nos parecería otra (nos lo parece: tú lo ves) y nos llamaríamos a engaño. En unos no lo conoceremos nunca; en otros, la vida da ocasión para que veamos esa alma en su hora enturbiada, y proclamamos nuestro desengaño. La acumulación de ese conocimiento da mucha tristeza a lo largo de la vida, pero, créelo, también da benignidad y da tolerancia.

Hoy mi carta también es un poco triste. Pero tú estás alegre y eres feliz, y tienes que serlo. Estaré aquí hasta fin de septiembre. Escíbeme cuando tengas ganas. Un fuerte abrazo de diez años te envío hoy.

Vicente

Miraflores de la Sierra, 20.8.46

Querido Emilio: sí que has tenido mala suerte con caer enfermo con esa pleuresía tan fastidiosa. ¡Pobre Emilioto! Menos mal que eres fuerte y echarás pronto fuera los restos de ella, y en el campo acabarás de reponerte y olvidar su paso por tu cuerpo. Está visto que en este mundo la felicidad siempre está amenazada. El amor es una cosa hermosa (para mí lo más hermoso de la vida), pero yo creo que lo vemos aún más precioso porque todo conspira contra él en este bajo mundo: la enfermedad, los cuidados de la vida, nuestra propia inconstante naturaleza. En tu caso has pagado este pequeño escote a una dicha de que estabas gozando, y que tampoco te ha sido totalmente retirada, ni mucho menos. Unos meses de embriaguez y plenitud; de pronto, la enfermedad: una temporada de dolores y contrariedades, lo comprendo. Pero con tu mujer al lado, consolando al querido enfermo, y después, de nuevo la salud, la alegría y con ellas la plenitud del amor. No te quejes entonces demasiado: esto no es sino un pequeño paréntesis, y tampoco completo, puesto que no tienes que separarte de tu amor, que es lo solo terrible. Cuando no hay separación todo se conlleva, y el amor mismo ayuda y las penillas hasta son dulces.

Espero que te cuides, y no sólo reposando como te manda el médico, y sobrealimentándote, como te habrán ordenado (¡vaya gordales que se nos va a poner el buen Emilioto!). Espero que seas reflexivo contra los ímpetus del amor. Por Dios, Emilio, que te conozco: contente y nada de plenitudes amorosas. Aunque estés en la luna de miel piensa que todo desgaste es malísimo mientras estés enfermo; sé sabio y prudente, que cuando estés bueno (y si te cuidas de veras no tardarás) tendrás libre el amor de vida y alma, y que antes te puede ser funesto y echarlo todo a perder. En tus manos tienes tu salud.

Ya sé que todo esto lo habrás pensado, pero no está de más que yo te lo recuerde porque los médicos son absurdos y se callan por prejuicios y falsos respetos.

Supongo que en ese pueblecillo estaréis bastante solos, lo que después de todo para ti no es una desgracia. Nunca, ni a ti ni a Rafael, he oído